



Madrid Cómico

Director: SINESIO DELGADO

ALCÁZAR



Al retratar sus pinceles
las costumbres populares,
pintan las gentes del campo
como no las pinta nadie.

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—Ferrocarrilerías, por Vital Aza.—Amoríos, por José Estremera.—Palique, por Clavio.—Chismografía, por Juan Pérez Zúñiga.—El sexo débil, por Sinesio Delgado.—Chismos y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: José Alcázar.—La oficina.—Anuncios, por Cilla.



El temporal de estos días ha venido á hacernos comprender que no se debe empeñar la capa hasta Junio, lo menos. El hombre, víctima de la irreflexión, se despoja de las prendas de abrigo y después reconoce que ha procedido mal; pero ya es tarde para retroceder.

Mientras llovía, hemos tenido ocasión de ver en la calle á varios caballeros con las manos metidas en los bolsillos de la americana y los ojos fijos en las baldosas.

—¡Caramba! ¡Qué ligero de ropa va usted!—dijimos á alguno. Y nos contestó para disculparse:

—¡Bah! No tengo miedo al agua, porque estoy muy acostumbrado. Yo me crié dentro de un barreño, como quien dice, porque mi mamá era muy limpia y todos los días me fregaba.

La lluvia ha sido causa de que se suspendiera la corrida de toros del domingo, y era de ver la cara de los aficionados y la desesperación de D. Hipólito, que entró en el café hecho una furia.

—Si aquí hubiese vergüenza, que no la hay—decía el hombre sacudiendo puñetazos sobre la mesa,—esta tarde se armaba aquí un escándalo mayúsculo. ¿Quién es la empresa para suspender una corrida de toros?

—La ha suspendido por el mal estado del redondel—se atrevió á decir uno.

—¡Mentira!—gritó D. Hipólito.—El redondel está perfectamente, y acaba de decirme un mono sabio que viene ahora mismo de la plaza. Lo que hay es que la empresa hace su santísima voluntad y se burla de la *afición*, que en cualquier otro país sería sagrada.

D. Hipólito es un funcionario público modelo que ama á la oficina como si hubiera nacido allí, y dicen de él los demás empleados que es hijo de un pupitre y de una taquilla. No falta nunca á su obligación, ni hay en toda la dirección general de Impuestos quien trabaje como él ni quien aproveche más las plumas. Una pluma de acero regular suele durarle de tres á cuatro meses en buen uso.

Pero que no le hablen de expedientes ni de nada cuando hay corrida de toros.

Entonces se dirige á su escribiente y le dice:

—Falsilla, mañana no vengo.

—¿Se siente usted mal?

—No; tengo que ir á los toros... Aquí le dejo á usted el expediente de Calatayud por si lo pide el director, y si viene á preguntar por el oficio de Ribadeo, Escañete, el diputado, le dice usted que tengo á mi esposa con la tos ferina. Use usted mi raspador, porque sé que le gusta, y después me lo guarda usted debajo de la cartera; no cargue usted mucho sobre la punta, que se puede mellar, porque es un chisme muy delicado... Ea, abur.

Antes de perder una corrida de toros perdería D. Hipólito veinte destinos, y se cuenta de él que habiéndole recetado el médico en cierta ocasión unas fricciones de bálsamo tranquilo dos veces al día sobre la columna vertebral, llevaba al tendido á su esposa, y allí, entre toro y toro, se dejaba friccionar tranquilamente, para no perder detalle de la corrida.

Entre las novedades de la semana hay que registrar la visita de los moros masones á nuestros edificios públicos. Parece que han salido muy satisfechos de la amabilidad española y de nuestros comestibles.

No hay nada tan grato para un pueblo como estas manifestaciones de simpatía por parte de los extranjeros.

—Emceteria, saluda—decía una mamá á su hija en la Puerta del Sol.

—¿A quién?

—A los moros, que te han mirado al pasar. No tenemos el gusto de tratarles, pero eso no quita para que les saludemos. No vayan diciendo á su país que somos gente ordinaria.

Hay aquí sujetos que sienten verdadera admiración por todo lo que no es del país, y en cuanto ven un personaje extranjero, ya están haciéndole reverencias. Algunos llevan su simpatía hasta el extremo de pedirles prestados cinco duros, como hizo con los moros cierto cesante.

—¿Sabes quiénes han llegado?—dijo el hombre á su esposa.

—¿Quiénes?—preguntó ella.

—Unos chicos moros de muy buena familia, y voy á pedirles cinco duros, porque para ellos la cantidad no puede ser más insignificante.

—Naturalmente.

El hombre se fué á la fonda y dijo á los ilustres personajes:

—¿Están ustedes buenos? ¿Cómo dejan ustedes á Alá? Pues yo estoy cesante por culpa de Cos-Gayón, que me tiene mucha rabia porque soy trigoño, y él no protege más que á los rubios claros. ¿Tienen ustedes ahí cinco duros?

—¡Jamalá!—contestó uno de los moros, que es como si quisiera decir: «No tengo suelto.»

Pero el cesante continuó refiriendo sus desdichas, y entonces el moro le regaló un jaque que usaba él para andar por casa.

Con lo cual el cesante se dió por satisfecho.

Creo que no he hablado á ustedes todavía del libro de Federico Urrecha, *Cuentos del vicar*, y bien sabe Dios que la obra merece los mayores elogios.

Cuando á mi me gusta un libro, no me puedo contener y lo digo claramente en letras de molde. Harto sé yo que no he de contribuir poco ni mucho á acrecentar la envidiable reputación literaria de Urrecha; pero experimento un gran placer al consignar que sus *Cuentos* deben ser leídos por las personas de buen gusto, y que el libro que los contiene está lujosamente impreso y muy bien ilustrado por Ángel Pons.

En fin, con verlo basta.

LUIS TABOADA.

FERROCARRILERÍAS

Dicen que las empresas ferroviarias van á tomar medidas extraordinarias. Ignoro cuáles sean, pero ¿qué vamos á que perdemos sólo los que viajamos? Pensar que esas empresas hagan favores no siendo á diputados ó á senadores, es pensar imposibles. ¡Ay del viajero que no es ni primo cuarto de un consejero! Ya sabe el pubrecito lo que le toca: pagar lo que le pidan y punto en boca. Puede ocupar un coche que va atestado. Puede llegar más tarde de lo fijado. Puede, si va dormido soñando amores, contar con esa plaga de revisores, que á lo mejor del sueño van los malditos á llenar los billetes de agujeritos.

Paede, si yendo en marcha se ve apurado, no encontrar lo que busca por ningún lado; que aunque lejos lo ves, no hay quien se baje y haga por los estribos tan largo viaje, para encontrarse al cabo de su destino con que ha perdido fuerzas en el camino... Paede, si el equipaje se le extravía, contar con que parezca. ¿Cuándo? ¡Algún día! Los baúles parecen tarde ó temprano, y si no es en invierno, será en verano: Y hace mal el viajero si se incomoda al ver que ya sus trajes no están de moda; pues si el baúl perdido, que iba á Coruña, fué á parar á algún punto de Cataluña, bastante hace la empresa, que al fin del viaje no cobra el recorrido del equipaje...

Puede, si en una fonda
siente apetito,
pedir un chocolate
tan calentito
que, por más que lo soplo,
como está hirviendo,
no hay medio de tomarlo...
¡Y al tren corriendo!
¡Y cuesta una peseta
— ¡qué disparate! —
el soplar un poquito
de chocolate!
Puede el pobre viajero
que va en tercera
(que viene á ser lo mismo
que ir en perrera)
contar con que en invierno
muere de frío,
y con que se achicharra
si es en estío.

Puede aquí el pasajero,
de cualquier clase,
pasar por lo que pasa
quien va sin pase.
Puede en los trenes mixtos
perder la calma,
¡y hasta puede en un choque
romperse el alma!
¡De qué, pues, nos quejamos?
¡Qué tonterías!
¿A qué pedir rebajas
ni economías?
Elevemos al cielo
nuestra mirada
para que las empresas
no acuerden nada,
ó hagan á los que somos
simples viajeros,
diputados, ministros
¡ó consejeros!

VITAL AZA.

AMORIOS

I
Al jurar que te adoro, te aseguro
que nunca fui perjuro.
Acaso al alejarme de tu lado
se va mi amor, que es algo descastado;
pero, á solas, tus manos en las mías,
mis ojos reflejándose en tus ojos,
viendo casi temblar tus labios rojos
con que promesas á mi amor envías...
créeme, bien mío, si en aquel momento
te juro que te adoro, nunca miento.

II
Al saber cuánto amaba,
la absolución el cura me negaba;
pero vió tu palmito y tu semblante,
y dijo *Ego te absolvo* en el instante.

III
¡Ay! Yo sería de virtud modelo,
porque tengo de santo muchas cosas,
y me iría al morir volando al cielo,
si no fuera por tí... y otras hermosas.

IV
Mil veces te repito
que este amor ya es forzoso que conclaya;
pero tú insistes en que no, y me irrita,
porque tienes un genio tan maldito
que siempre has de salirte con la tuya.

V
¡Tú quieres que de lejos yo te quiera!
Perdóname, mi bien; no soy palmera.

VI
¡Dicen que estando juntos
nos llamamos los dos como difuntos!
¡Qué importa que callemos, si entre tanto
me dicen en amantes desvarios
madrigales tus ojos, y yo canto
himnos á tu hermosura con los míos!

VII
¡Qué soy ya casi un viejo y que me atrevo
á amarte todavía...
¡Qué quieres, vida mía!
Es que la amor me pone como nuevo.

VIII
El cambio de amor es delicioso
y fuera andar lo todo muy hermoso;
pero, en viendo un stajo los amantes,
echan por él y así se cansan antes.

JOSE ESTREMEIRA.

PALIQUE

Pero, señores literatos, los verdaderos, ¿quién publica un libro,
por amor de Dios?

Ni poetas ni poetisas dicen palabra.
Así es que hacen bien los editores en dedicarse á traducir. En
lo que no hacen bien es en traducir mal.

Porque, un poco mal podía pasar, pero ¡tan mal!
Nuestros literatos, los verdaderos, ya que no escriben libros,
¿por qué no los traducen? El dinero que se da á los que actual-
mente *vieren* del francés cuanto se les pone por delante, ¿por qué
no lo ganan esos literatos, que tanto lo necesitan, por regla ge-
neral?

Si fueran artistas de la palabra los que tradujeran á los artistas
extranjeros, la influencia de éstos en el gusto y en la cultura de
España sería mayor. No pasarían inadvertidas traducciones tan
importantes como la de los *Recuerdos de la infancia y de la juven-
tud*, de Renan, que es un libro cuya lectura, bien meditada, podría

causar una honda revolución en el pensamiento de muchos espa-
ñoles.

Nuestros autores viejos parecen al perro del hortelano: ni nos
dan suficiente pasto espiritual, ni ven con gusto que nos tenga
de fuera, á lo menos no quieren contribuir á que venga.

Mayor pecado es el de los jóvenes, que debieran trabajar con
entusiasmo en la asimilación de las ideas y de las obras artísticas
extranjeras.

Hasta en Francia, el país que menos caso suele hacer de las
letras de otras naciones, hay ahora una juventud que hace alarde,
dentro de ciertos límites prudentes, de un cosmopolitismo lite-
rario que ha de traer nueva savia al espíritu francés.

En Alemania, Pablo Lindau, por ejemplo, debe lo mejor de su
mucha fama á la tarea de aclimatar el teatro de Augier, Du-
mas, etc.

Entre nosotros... todavía se habla de la famosa traducción
de *I promessi sposi* como de un caso raro.

Doña Emilia Pardo ha traducido poco á *Los Hermanos Zemanga-
no*, de Edmundo Goncourt, y nadie le ha dado las gracias si-
quiera.

Son contadísimas las traducciones que aquí se deben á escrito-
res verdaderos.

Pero ¿qué mucho que nuestros literatos desdeñen el arte de tra-
ducir, si hasta desdeñan el de producir obras originales?

Es claro; han observado que éste sigue siendo el país de *Don
Tomás* (ó el camino de la gloria), de Larra. Escribe cada cual su
oda á la continencia ó su *Drama Nuevo* y se echa á dormir. Ta-
mayo calla hace más de veinte años, y su fama y el respeto á su
ingenio aumentan. Eaos gacetilleros que se atreven con Echegaray
no *osan* ponerle peros al Sr. Tamayo... ¿Por qué? Porque no es-
cribe. Sus obras están como acorazadas contra la crítica por la pá-
gina del tiempo y del silencio...

Pero á lo que íbamos.

A falta de literatos que traduzcan, traducen los que no son lite-
ratos.

Y así ayuda ello.

La España Moderna, la revista más notable que tenemos, ó por-
que los españoles que saben escribir no escriben, ó porque ella
no puede pagarlos bien, ó por lo que sea, va dejando poco á
poco de ser revista de literatura española y convirtiéndose en una
especie de *magacín* traducido.

Muchos la censuran por esto; dicen que tal espectáculo es humi-
llante para las letras patrias; pero ¿qué ha de hacer el editor?

Yo no me atrevo á censurarle porque traduzca mucho.

Por lo que si le censuro es porque... deje que le traduzcan tan
mal.

Muchas obras interesantes, aunque algunas demasiado flam-
bres, ha dado á luz *La España Moderna*; pero las hay que están
peor *vertidas* que las novelas de los folletines.

Y ya que á nuestras letras no se les deje otra cosa, respátense
los fueros del castellano para cuando nuestros escritores se dig-
nen volver á emplearlo.

Hace poco nos dió *La España Moderna* las Memorias de Wagn-
ner, un libro muy interesante y á su modo instructivo... que no
se podía leer por culpa del traductor.

En el último número de dicha revista hay un artículo de Zola
titulado «Una gran figura literaria», y que es un estudio muy
hermoso y leal del insigne Sainte-Beuve.

Pero ¿qué *versión!*

Leo al azar:

«El sentimiento de Sainte-Beuve entilmente *esprimido*» (expresado
quiso decir).

El traductor no perdona ni un solo *yo*, ni un solo *el*, ni un solo
nosotros de los que ve en el original, y parece aquella obra de un
riajante que recomienda sus géneros.

«...No sin hacer á cada paso *sus retrocesos á través* del pasado.
Nada mejor que este *proceder* señalará la gran ventaja del punto
de mira... etc., etc.»

«Ya él era de complexión galante.»

«Ella ama á *diversos* (*plusieurs*).»

«Este es un placer que conocen muy bien los *fémines* (!).»

«Esto es una *buenahombria* voluptuosa que *delinea* un tempera-
mento.»

Peró ahora viene lo mejor.

«En casa de cada hombre el hecho sólo tendría el valor de un
documento aislado.»

Es claro, el traductor leyó *chez* y se fué al diccionario y vió en
casa de, y ¡zas! allá va «En casa de cada hombre...»

«Racine no hubiera pasado de *Beracine*.» Yo tampoco paso de
Beracine, que debe de ser Berenice. Creo que basta y sobra
con lo copiado para que en casa de cada cual se produzca la con-
vicción de que no es vergonzoso para nuestras letras que se tra-
duzca mucho, sino que en la revista de más crédito de España
se traduzca así.

Con ese castellano y el crítico del *per gurgite*, ¿adónde va á parar
el editor de *La España Moderna*?

MI amigo el Sr. D. Emilio Prieto me envía un ejemplar de su
libro titulado *Madroñópolis*, y quiere que hable de él aunque sea
regándole.

Bueno, pues reciba usted una paliza de su afectísimo amigo y
seguro servidor...

Esto es broma.

LA CEDULA

(De un asunto de velicer.)



—Vengo á recoger una carta con valores declarados.
—¿Y la cédula?
—Ahí Pero ¿hace falta la cédula?



—Pues señor, no hay más remedio que sacar una cédula.



—Guardia, ¿me hace usted el favor de decir dónde se recogen las cédulas de este distrito?



—Esperaremos.



—¿En qué calle está usted empadronado?
—Me parece que no estoy empadronado en ninguna parte.
—Pues necesita usted una certificación del alcalde de barrio.



—Portera, ¿sabe usted dónde viva el alcalde de barrio?



—Vengo á recoger un volante...
—Ya no es hora de despacho.
—¿No?
—Es de ocho á diez.
—¿De modo que tengo que volver mañana?



—¿Cómo suma usted?



—Vaya, aquí está el volante. Mañana iré á recoger la cédula.



—Pues señor, gracias á que no tengo prisa.



—Viudo, ¿eh?
—No señor, soltero.
—Pues aquí dice que es usted viudo. Hay que enmendar esto en la alcaldía.
—El es el que hoy he pasado la hora...



—¿Cuánto es?
—Pues con el recargo...
—¿Ahí ¿Conque recargo?



—¿Caracoles! ¿Otra vez tengo que esperar?



—Vuelvo á que me arreglé usted esto de la viuda que no es cierta.



—Gracias á Dios, mañana puedo ir á recoger esos valores declarados.



—¡Rediós! Pues no sé me ha perdido la cédula.

La verdad es que el Sr. Prieto declara que su obra no tiene pretensiones de ser literaria, y así como de *internis non judicat Ecclesia*, así yo me inhibo, porque jamás he juzgado libros no literarios.

Según he leído en una crónica de Bremón, la obra de Prieto es de *clare* y alegórica, y en ella se censura á la mayor parte de los jefes de los partidos, los republicanos inclusive.

Si es así, ya veo que no se trata de literatura, y ¿qué he de decir yo al Sr. Prieto?

Que siento que no opine como yo acerca de la respetabilidad de ciertos señores.

No sé si el Sr. Prieto sabe que yo soy partidario de que Castelar sea el presidente de la república... cuando la haya, y de que no la haya hasta que pueda haberla, y de que los monárquicos no son fieras por ley de naturaleza... ¡Bah, bah! Casi me temo que yo debo de ser un *madroñapolita*, aunque humilde. ¡Ay, amigo señor Prieto! ¡Han pasado tantos años desde aquellos tiempos en que usted era *Clarinet* y yo *Clarín*, en *El Solfeo*!

¡A mí no me han salido canas, pero me han salido unas ideas!... Hace falta tanta formalidad y tanta política *nueva*, no revolucionaria, *nueva*... De todas suertes, saludo con cariño á un político que cree en algo.

CLARÍN.

CHISMOGRAFÍA

Julianito González estaba locamente perdido de amor por Pilar, apreciable consorte del banquero don Pedro Muñoz. La señora era honrada y decente y á Julián dijo siempre que no; pero el chico, empeñado en lograrla, llevó á cabo una idea feroz.

Un su amigo, que sólo vivía dedicado á la murmuración, oyó un día decir á otro amigo: «Nadie ha visto lo que he visto yo. ¿Conocéis á Muñoz el banquero? ¿Le tenéis por un santo varón? Pues cruzando el paseo de Atocha cuando daba las doce el reloj, iba ayer en un coche con una, ¡muy tapados y juntos los dos! Como el coche iba á paso muy lento, pude ver que la dama en cuestión un sombrero llevaba adornado con bullones de paja de arroz.»

«¿Para qué quiso más Julianito! En seguida del caso enteró á Pilar, porque dijo: «¡Caramba! (no caramba, otra cosa peor). Si ella ve que es infiel su marido, el despecho podrá á la razón y tal vez me hará caso, tan sólo por vengarse del pobre Muñoz.»

Dicho y hecho: á su casa marchóse dando miles de gracias á Dios, y así hablaron Pilar y el muchacho, presas ambos de extraña emoción:

—Sí, Pilar. Me lo ha dicho Fernández, porque López se lo refirió, y de que es cosa cierta, aunque horrible, no me cabe la duda menor.

—¿Dice usted que á las doce los vieron?

—Sí, señora; en un coche á los dos.

—¡Imposible!

—Como es usted buena, se figura que todas lo son.

—¿Quién será esa mujer fementida?

—No lo sé; pero el caso es atroz.

—(Voy al punto á salir de la duda, pues mis nervios ya están en tensión.)

Diga usted, ¿fué el domingo?

—El domingo.

—¿La pareja ocupaba un landó?

—Sí, señora.

—¿Y la dama llevaba un sombrero de paja de arroz?

—Justamente.

—Pues bien, no me importa que mi esposo la diera su amor.

—(¡Qué frescura!) ¿Por qué?

—Pues... por nada, ¡porque aquella señora era yo!

JUAN PÉREZ ZÓNIGA.

EL SEXO DÉBIL

I

En alta mar, de noche y entre el velo tapido de la niebla chocaron dos vapores. Uno de ellos

salió del choque con la proa abierta.

Le asaltaron las olas y anegado, tras una lucha rápida y tremenda, se lo tragó el abismo

con una fuerza de atracción inmensa.

Ni rastro quedó de él. Sólo una tabla

que el azar arrancó de una cuaderna

flotó en el espantoso remolino

como flota en el aire una pavesa.

Un brazo varonil la asió de pronto,

en la terrible convulsión suprema,

se agitaron las aguas

y surgió un hombre de la mar revuelta.

Trafa una mujer, casi una niña,

desmayada, insensible, medio-muerta,

que allá en el fondo se encontró sin duda

como él bregando con las olas negras.

Y luchó contra el mar sobre el madero,

duplicando las fuerzas,

aterido y hambriento muchas horas,

pidiendo á Dios que la mujer viviera.

Y Dios los arrojó, premiando, acaso

el vigor demostrado en la pelea,

de un islote desierto

entre las altas y negruzcas peñas.

II

La isla inhabitada,

miserable y pequeña,

más que esperanza de alargar la vida

daba un respiro á la agonía lenta.

Si se hubiera salvado el hombre solo,

cobardo y consumido en la impotencia,

se echaría en los brazos de la muerte...

pero había una hembra

y él luchó bravamente muchos días,

más que por él, por ella.

Pronto, á costa de esfuerzos sobrehumanos,

se levantó una choza entre las peñas,

y raíces y peces y moluscos

servieron de alimento á la pareja.

¿Podían esperar! ¡Y la esperanza

les da á los desgraciados tanta fuerza!

.....

¡Claró! vino el amor. Amor bravo

que la tranquila soledad engendra.

Sintió el hombre en el pecho llamaradas

que encendían la sangre de sus venas,

pidiendo á todas horas su tributo

despótica y brutal naturaleza.

—Esta pasión me mata (se decía),

adoro á esta mujer con ansia inmensa,

cada día la encuentro más hermosa

y el deseo me azuca y me espolea...

Casi tengo el derecho

de dar á mis pasiones rienda suelta

porque vive por mí, ¡y es cosa mía,

si no por voluntad, á viva fuerza!

Y en seguida pensaba, refrenado

por la voz del honor y la conciencia:

—Pero no, que ante todo,

caballero he de ser tan digno de ella,

que del fuego traidor que me consume

no ha de notar el resplandor siquiera.

Corromper su virtud cuando no tiene

ni cerrojos, ni guarda, ni defensa,

y saciar, arracándole la honra,

los instintos brutales de la fiera

sería acción villana,

reprochable, indecente y canallesca.

Lucharé y venceré. Las tentaciones

ante la firme voluntad se alejan.—

Y siempre vencedor, fué casi santo

en una lucha desigual, perpetua...

III

Un día apareció en el horizonte

un punto negro. ¡Un barco! Hicieron señas

y le vieron llegar con la alegría

con que verán la gloria los que llegan.

—Tú sola en él te salvarás (la dijo);

Si nos ven aquí juntos cuando vengan

quedarás deshonrada, porque nadie

creerá en mi sacrificio y tu piedad.

¡No servirá jurar! El mundo es malo

y llama tontería á la decencia.

Yo oculto esperaré. Cuando te alejes,

volveré á batallar con la miseria.

Me ayudan mi esperanza y tu recuerdo,

y ya me salvaré... cuando Dios quiera.—

Y el barco se marchó, llevando á bordo

la hermosa niña de sin par belleza,

y allá dejando en las peladas rocas

al pobre mártir de sublime idea,

que soñaba tener, en justo premio,

altar de dios en la memoria de ella.

IV

Era tan guapa la mujer, que el barco se trocó en un infierno á su presencia. Se disputaban todos sus favores y por tático acuerdo fué la reina. El capitán triunfó, por más asiduo, por extremar obsequios y finezas, y porque las mujeres prefieren siempre que el que manda venza. Le amó en seguida, deslumbrada, loca, y en sus brazos cayó, cual si quisiera tomar gozando, al retornar al mundo, pronto desquite á la forzada ausencia... ¡Y se quedaba el naufrago allí lejos solo y perdido en miserable tierra, más orgulloso con su honor que el héroe que se muere abrazado á la bandera!

SINESIO DELGADO.



Desde Setiembre de 1891 á fin de Mayo de 1892 se han estrenado las siguientes obras dramáticas en los teatros de invierno de Madrid:

	En un acto.	En dos.	En tres ó más.	Éxitos.	Fracasos.	TOTAL
Español.	5	2	7	10	2	12
Comedia.	4	2	9	11	2	13
Princesa.	4	1	8	11	2	13
Zarzuela.	1	1	3	2	3	5
Apolo.	15	1	2	4	12	16
Novedades.	7	2	2	9	2	9
Lara.	17	5	2	10	3	22
Eslava.	20	1	2	17	4	21
Martín.	2	2	1	3	2	3
Price.	2	1	3	4	2	6
Alhambra.	1	2	2	2	1	1
	78	10	33	90	31	121

Se cuentan como fracasos las obras que han sido rechazadas por unanimidad por el público, y como éxitos todas las que han pasado sin grandes protestas.

El total de 121 obras se descompone de la manera siguiente:
 Con música: Zarzuelas grandes, 6.—Sainetes líricos, 7.—Juguetes, 38.—Revistas, 3.—Total 54.
 Sin música: Dramas, 14.—Comedias, 18.—Sainetes, 6.—Juguetes, 29.—Total, 67.

Con relación á la temporada anterior hay las diferencias siguientes: una obra menos; cuatro menos en un acto, seis más en dos, tres menos en tres, diez zarzuelas más y once comedias menos.

Y ahora hé aquí la lista de los autores que han dado sus producciones á la escena:

Escritores: Srta. Muñoz y Sres. Ansorena, Pérez y González, Pina, Zamora; Felici y Codina, Ruiz de Arana; López-Gómez; Santisteban; Monasterio, Laguardia, Pons, González Llana, Flores Garcia, Limendoux, Galdón, Menziano, Echegaray (M.), Arniches, Sánchez Pérez, Ferris, Palacios, Bisbal y Gosalvez, Ramos Carrión, Aza, Larra (L. M.), Herranz, Navarro (C.), Campano, Guimerá, Delgado, Redondo Menduñu, Navas, Larra (L.), Gullón, Dalmau, Barco, Olona, Revenga, Piñaña, Burgos, Echegaray (J.), Granés, Navarro González, Barberá, Gaspar, Francés Rodríguez, Peña, Sánchez Pasfor, Gascón, Soñan, Bedmar, Prieto, Caba, Díez, Jaques, Liern, Estremera, Lucio, Palencia, Sánchez Seña, Espantaleón, Filipo, Melgares, Zúñiga, Sales, Mario (hijo), Yráyoz, Alvarez Quintero, Maillo, Calvo y Revilla, Jackson, Vega, Rojas, Criado, Cocat, Galdós; Villegas, López Martín, González, Labra, Calvo (F.), Torres Reina, Sánchez, Navillard, Ramirez, Ibarrola, Casanova, Molina, Conde, Luceno, Urrécha, Cantó y Abaí.

Músicos: Sres. Valverde, San José, Chapí, Rubio, Catalá, Nieto, Marqués, Caballero, Valverde (hijo), Taboada, Brull, Estellés, Mateos, Arnedo, Hermoso, Contreras y Benzá.

Total, noventa y cuatro autores dramáticos y diez y siete maestros compositores.

—Qué tiplé! ¡Me gusta tanto!...
 —Sí, canta divinamente.
 —Yo no me fijo en el canto.
 —Entonces, ¿en qué?

—¡En el frente!
 ALBERTO DE OJEDA.

Extráido de un telegrama:

«El rey Oscar de Suecia ha llegado á San Sebastián á las once de la mañana en tren francés.»

Bueno.

«El rey fué después á pie á la plaza de toros, donde se celebraba una corrida de novillos.»

Perfectamente.

«Antes de entrar fué rodeado por una turba de machachos.»

Es natural.

«El rey compró naranjas, mandó formar á los chiquillos y tiró á rodar aquéllas. Después les arrojó monedas.»

Esto ya no es tan natural; pero adelante.

«Algunos muchachos que estaban descontentos porque no les había tocado nada y que ignoraban quién era el personaje que tenían delante, propinaron una silba al soberano de Suecia.»

Si no sabían quién era el caballero que tenían delante, ¿por qué le rodearon? Porque no rodean los chicos al primer transeunte. Y no le silbaron porque no les había tocado nada, sino porque es perfectamente silbable eso de ponerse á tirar naranjas á los chicos en mitad del arroyo.

Final:

«S. M. está encantado de este país y ha prometido visitarle otro día más despacio.»

¡Demonio! ¡Está encantado y le silban en cuanto se opea del tren!

Pues entonces ya sabemos lo que le gusta al rey de Suecia.

Que le den con la badila en los nudillos.

Desde que te quiero, niña,
 mira si tengo conducta
 que ya no juego, y si juego,
 es sólo con cartas tuyas.

Si alguna vez el dolor
 baña tus pupilas bellas,
 déjame guardar tu llanto,
 que hago colección de perlas.

PASCUAL MONTAGUT.

Libros:

Alla van historias, colección de cuentos y novelas cortas de los señores D. Leopoldo López de Laá y D. E. Contreras y Camargo, escritos con soltura, amenidad y gran corrección de estilo. Precio del tomo, 2 pesetas.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

O. A. A.—Vivan los versos medianos y viva la modestia de las personas!

A. S.—Efectivamente el cuento es muy viejo, y no crea usted que la forma en que está desarrollado es una cosa del otro jueves, ni mucho menos.

Sr. D. A. G. L.—Madrid.—Es inocente, demasiado inocente en el fondo y demasiado descuidada en la forma.

Currito.—La cosa no merece una composición tan larga. Y voy á hacer á usted una cariñosa advertencia: no se dice *Hosanna*, sino *Hosanna*.

Ripiste.—Me honra usted mucho con la creencia de que puedo darle la alternativa. Pero aunque fuera cierto, ¡ay! no me atrevería. Por la muestra al menos.

Un discípulo de C.—Al concluir habrá usted dicho para su sayo: ¡Qué poco me ha costado ser gracioso, caramba!

Salamanca.—En las composiciones *A síla* hay que huir de la vulgaridad sobre todas las cosas. Es un poco difícil, pero... se hace un esfuerzo.

Hos-ler.—Fuertecita es si se toma por donde quema, que si se tomaría. No hay un solo ejemplar del *Madrid Político*.

K. rra Q. K.—Malo es que se le haya ocurrido á usted hacer un ovejlejo, pero peor es que al último verso le sobren un par de sílabas.

Püler.—No tienen nada de particular absolutamente.

Sr. D. V. A.—Sevilla.—Medianillo es todo. En uno de los epigramas se le ha escapado á usted acconsonantar *Santurces* y *luzes*, lo cual está mal hecho.

Sr. D. J. L.—Ecija.—Tienen poca miga y las humoradas la requieren. Pero no están mal hechas.

Sr. D. M. S.—Madrid.—Francamente, no son butacas; pero no por eso hay que desanimarse, ¡qué demontre!

Sonail.—Empieza el soneto:

«Describir el amor me plago un día
 y acaso que no lo defuiera...»

A pesar del *ocaso que...* todavía falta una sílaba.

Mé Nata.—La tercera adolce del mismo defecto que las dos anteriores

Flüfin.—Allá va:

«En la puerta del sol
 me encontré con una moza
 que el verme me dijo
 ¡Olé salero!»

«No le dijo á usted más? Pues algo más merecía usted, compadre.

Artabita.—¿Cómo quiere usted que el periódico publique bombas á sí mismo? Bueno que sea humorista, pero no tanto.

Sr. D. L. M.—Bilbao.—¡Jesta! No hablemos de eso.

Rodajas.—Ya no se le habla de eso á nadie, ni en los sonetos amorosos siquiera.

P. R. T.—No, tampoco sirven. Si viera usted lo difícil que es conservar el ritmo en esos versos cortos! En fin, ya lo habrá usted visto.

Un pobre porfiado.—Se publicará. Venga la firma.

ANUNCIOS



El día de la Ascensión
salió este bastón de Gracia,
con una procesión
de los obispos de París.
Alcalá, 40.



El penacho del Vesubio,
que tanto miedo nos da,
¡lo cortan pronto en la
potage de Rabio!
Alcalá, 10 y 12.



El rico anisado, marca
del MADRID CÓMICO, priva
desde la princesa altiva
á la que pesca en ruina barca.
Vicente López.—Zaragoza.



El que ser dichoso quiera
diez y seis años y un mes,
compre un pantalón inglés
de los que vende Pesquera.
Magdalena, 20.



Las cañas se vuelven las cañas.
Los hombres se vuelven palos...
Los que no se vuelven malos
son los rulos de Br. An.
Alcalá, 12.



Le advierto, señor notario,
que es una joya esta cama,
y al primero que la embargue
le voy á romper el alma.
Bazar de la Plaza de la Cebada, 1.



Almas tristes y sombrías,
no acudáis á la bandurria
para buscar alegrías:
comed en *Las Tullerías*
y se os quitará la murria.
Matute, 6.



Muy canisnas preciosas,
porte elegante,
desde cinco pesetas
en adelante.
Martínez.—San Sebastián, 2.



¡Siempre encuentro á mi mujer
á las diez de la mañana
á las puertas de la *Per-
fumería Americana!*
Espoz y Mina, 26.



¡Te juro por Belcebú
que sólo quisiera ser
Cognac fino de Moguer,
para que me bebas tú.
Arensays.—Carmen, 10.



—¿Dice usted que es imposible
partir huesos de aceituna?
¡No es imposible con una
dentadura inamovible!
Tirso Pérez.—Mayor, 73.



Cuando me afeitó Tomás,
un ángel que pasó al vislo
me dijo:—Así como estás
puedes entrar en el cielo.
Alcalá, 40.

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

Los pronombres no se admiten por menos de seis meses y en el primer número por menos de un año.

Pago adelantado, en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

PRECIOS DE VENTA

Un número corriente, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Península, 4, primera derecha

Teléfono núm. 2.160.

ENVÍO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO

CHOCOLATES Y CAFÉS

DE LA

COMPañIA COLONIAL

TAPIOCA, TÉS

50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES

DEPÓSITO GENERAL

CALLE MAYOR, 18 Y 20

MADRID